



Vida y Obra del Dr. Jorge Luis Acevedo Vargas

Agosto de 2025

Ron Mills-Pinyas
Amigo y Colaborador

Pocas personas han vivido una vida tan plena y excepcional como la del Dr. Jorge Luis Acevedo Vargas. Fue una persona absolutamente única, con una agudeza personal, intelectual, creativa, sociocultural y pedagógica, todo ello estrechamente integrado en una sola personalidad generosa, estudiosa y creativa. Siempre buscó mejorar nuestro mundo, comenzando por su propia comunidad. Jorge era un hombre humilde, y eso se notaba especialmente cuando nos acercábamos a la gente en las calles de Santa Ana, y también con los importantes ancianos de las tribus en nuestro trabajo como investigadores etnográficos. Gracias a su amabilidad, bondad y generosidad, se hicieron posibles muchas cosas que a otros les hubieran sido inaccesibles.

Jorge comenzó su vida con orígenes humildes. Criado como católico por su madre junto a su hermano en Santa Ana, al otro lado de la calle de la iglesia. Gracias a la educación y al trabajo duro, Jorge llegó a ser un hombre de éxito. Una vez me contó que superó su miedo a actuar cantando por monedas en los autobuses cuando era niño. Que llegara a recibir una educación superior, convertirse en profesor, y finalmente en Decano de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica, por no hablar de todo lo demás que logró en la vida, es un testimonio de su valentía y fortaleza de carácter. Habla muy bien de la sociedad costarricense el hecho de que haya brindado oportunidades a un joven tan prometedor. El amor por su madre, su hermano Agustín, su esposa Ana y sus hijos Martín y Roberto lo sostuvieron.

Similar a lo que el sukia guaymí Pedro Bejarano nos contó una vez sobre su rol en su comunidad, las responsabilidades de un sukia (chamán) son como anillos concéntricos en una cosmología especial, comenzando en su propio corazón, en su hogar, dentro de su familia, como parte de su comunidad tribal y finalmente dentro del mundo natural que rodea y sustenta a todo ser vivo. Jorge también veía su papel comenzando en casa con su familia, en su comunidad de Santa Ana y dentro de su amado país, Costa Rica.

Fue, en efecto, un prolífico defensor y cronista de la historia, el arte y la cultura de Santa Ana, publicando una gran obra sobre el tema. Se desempeñó como profesor y posteriormente como Director de la Escuela de Música y finalmente como Decano de Bellas Artes en la Universidad de Costa Rica en San Pedro. Jorge creó programas de

extensión de la UCR en Turrialba, San Ramón y Puntarenas. Siempre buscó integrar las artes plásticas, la danza y la música; nunca de manera más profunda que en la Escuela Municipal de Artes Integradas (EMAI), donde impulsó a estudiantes, profesores y artistas, y donde personalmente encargó numerosas obras de arte en beneficio de la comunidad de Santa Ana. Su carácter sociable y su profunda generosidad fomentaron amistades en toda la zona; de hecho, abrió EMAI a estudiantes que no eran de Santa Ana, con la esperanza de crear un nuevo paradigma para una educación costarricense más amplia. A nivel internacional, escribió y cantó numerosos géneros musicales, incluyendo ópera (producida en el Teatro Nacional, en dos ocasiones), creó el Festival Anual de Música Barroca, dirigió orquestas, estudió etnomusicología en la Sorbona de París y escribió artículos para enciclopedias. Jorge y yo prestamos artefactos artísticos recolectados en el campo y compartimos nuestros escritos con el Museo de Jade, el Museo de Oro y el Museo Nacional, el Instituto Goethe en San José, además del Museo de Instrumentos Musicales en Nuevo México, EE. UU., y el Rain Forest Lodge Sarapiquí. Jorge también se desempeñó como Director Académico del programa de extensión en Costa Rica del Aquinas College de los Estados Unidos.

Conocí a don Jorge en la UCR en 1986, cuando yo era profesor visitante de la Universidad Linfield de Oregón. Jorge era entonces director de la Escuela de Artes Musicales. La profesora Amparo Cruz Zúñiga, directora de la Escuela de Artes Plásticas de la UCR, nos presentó porque sabía que Jorge deseaba atraer el interés de un pintor para que pintara un mural, pero sobre todo para trabajar con él en el campo.

Jorge me saludó con su habitual amabilidad y cortesía. Me cayó bien inmediatamente y pronto me comprometí a trabajar en el mural, pero le dije que quería ayuda para hacer la investigación necesaria y que quería libertad creativa para realizar los murales. Estuvo de acuerdo. En ese momento mi español era muy deficiente, pero él entendió que tenía un interés previo en los estudios indígenas en Estados Unidos, particularmente en los antiguos petroglifos, y que había realizado trabajo de campo al respecto. Nos hicimos amigos rápidamente, a pesar de las dificultades para comunicarnos al principio, saliendo al campo muchísimas veces a lo largo de los años, inicialmente a Coto Brus para conocer a los Térraba, Boruca y Guaymí. Y más tarde, con los grupos tribales Maleku, Bri-bri y Cabécar, nuestra amistad floreció hasta convertirse en una colaboración intensa y duradera de casi 40 años. Jorge no aprendió mucho inglés, pero gracias a su dicción clara como cantante, su humor y paciencia, yo aprendí español y pronto me convertí en un participante pleno en el trabajo de campo.

Hacia el final de su vida, Jorge disfrutó y apreció enormemente el entusiasmo de la generación actual de estudiantes por aprender sobre la música indígena costarricense en el contexto de una compleja dinámica histórico-sociocultural. La cultura educativa en UCR, en efecto, ha cambiado.

Cuando pinté La Música en los Pueblos Costarricenses en 1986, con la aprobación de Jorge, por ejemplo, hubo una reacción negativa entre muchos profesores clasicistas

que se quejaron de que los murales no contenían pianos, trompas francesas ni violines. Jorge comentó con calma y diplomacia que la Facultad de Artes Musicales de la UCR tiene varios pisos, y que los murales que celebran las culturas indígenas son solo el primero, la base, sobre la cual los costarricenses podrían encontrarse a sí mismos. Incluso el entonces Ministro de Cultura, él mismo pintor, recomendó que mis murales en la UCR fueran borrados con ácido fuerte; tal era la resistencia a los estudios indígenas. Jorge siempre se mantuvo firme en sus convicciones y siempre defendió nuestro estudio y mis proyectos artísticos, incluso en entornos y momentos en que no fueron apreciados. Con el apoyo y la seguridad que me brindó Jorge, persistimos y seguí pintando murales en San Ramón y Santa Ana. No me di cuenta hasta años después de que Jorge financió personalmente los materiales para mi trabajo, lo cual era típico de la modestia, generosidad y humildad de Jorge.

En muchos de los largos viajes que hicimos recorriendo diversos rincones de Costa Rica, mantuvimos muchas conversaciones estimulantes sobre arte, cultura y estructuras académicas, así como sobre nuestras vidas personales. Recuerdo que en un momento dado, viajábamos bajo una tormenta de lluvia en un Land Rover con goteras, cruzando el Cerro de la Muerte. Las condiciones dentro y fuera del Land Rover eran frías y húmedas. Jorge estaba conduciendo. Hablamos y hablamos, luchando contra el frío a esa altitud bajo la lluvia, mientras Jorge conducía nervioso esquivando derrumbes, socavones y camiones grandes. Hablamos de la escuela que había fundado en la biblioteca pública de Santa Ana y que esperaba ampliar. Acordamos que las artes debían enseñarse de forma integrada. Le prometí en el acto pintar murales en cualquier escuela nueva que lograra construir en Santa Ana. Poco sabía yo que me había comprometido con un proyecto creativo de seis años. El resultado es que la ciudad aprobó un bono y se construyó la estructura actual de EMAI. Alrededor de 2009, un Jorge entusiasmado me llamó por teléfono a larga distancia para decirme que teníamos una cita con un arquitecto para hablar sobre los lugares donde pintar murales. El resto es historia.

Entre 2010 y 2016 creé *Origins, An Allegory of Creative Transformation* y *La Musica en Los Pueblos Costarricense* en EMAI. Se lo dediqué formalmente a don Jorge en la inauguración de 2016. Antes de eso, pinté el mural *La Música en los Pueblos Costarricenses* en 1986, y *El Otro Yo* en San Ramón en 1993. Ninguna de estas obras se habría realizado sin el apoyo de don Jorge.

Jorge y yo no somos antropólogos, sino artistas que descubrimos que, al prestar atención a las artes y las formas artísticas musicales, y al dirigirnos a individuos chamánicos con gran respeto y curiosidad, se abrían valiosas perspectivas sobre la identidad tribal y las formas de animismo, propicias para una investigación original y una comprensión más profunda. Una crítica epistemológica central y compartida de la educación, y una filosofía inclusiva rectora que nos guió, es que la música, el ritual, la danza y la creación de objetos se relacionan con la identidad sociocultural. Esa cosmología, es decir, cómo se percibe nuestra posición en un esquema vasto, fue clave. Las estructuras educativas occidentales adoptan un modelo dividido de disciplinas y especialidades, cada una con sus propias vanidades particulares, incluso

en las supuestas instituciones de artes liberales. Descubrimos que este enfoque no resulta muy útil cuando buscamos comprender profundamente las culturas indígenas. De hecho, encontramos importantes puntos de entrada a aspectos anteriormente descuidados de la antropología costarricense precisamente preguntando a figuras chamánicas cómo se relacionan las canciones, los objetos y los rituales, cómo se vinculan la música y las artes plásticas, la curación, la danza y la mitología, cómo entienden la cosmología y su papel en ella. Así eran nuestras conversaciones durante muchos años.

Dado que Jorge y yo éramos académicos de carrera y artistas en ejercicio, originalmente concebimos nuestro Centro de Educación y Documentación de las Artes (CEDIA) en 1992 como un centro físico y digital, con colaboradores de diversas disciplinas. Siempre hemos albergado la esperanza de que la plena realización de esa ambición pueda lograrse en el futuro, dada la extensa documentación que ahora ponemos a disposición de otros artistas y académicos. Nos dimos cuenta de que el rico material que estábamos estudiando requeriría, en última instancia, lingüistas, antropólogos, sociólogos, estudiosos de la religión, especialistas médicos (dadas las prácticas de medicina herbaria y curación chamánica), así como artistas e historiadores del arte, la música y la danza. Le dimos un comienzo cuando Jorge y yo fundamos CEDIA, una institución sin fines de lucro. El reto intelectual consiste en ordenar y vincular mejor las clasificaciones contemporáneas del conocimiento y las disciplinas correspondientes. Un ejemplo es el bastón de balsa ulú. El ulú, en esencia, contiene historia tribal, elementos integrados de canto y artes plásticas, iconografía tradicional, memoria médica, estructura metafórica y, de hecho, estructuras cosmológicas. Es utilizado en las prácticas curativas Cabécar y Bribri por los chamanes/médicos "awa/jawa" de alto rango. El palo de balsa dibujado está marcado con símbolos que no tienen un nombre en sí, sino que representan cantos rítmicos que invocan a los espíritus del bosque y, por extensión, a las fuerzas curativas que creen que nos rodean y nos componen como seres humanos. El bastón representa la columna vertebral del paciente, el poste central de una "casa sagrada, casa de dos" cónica y un vínculo místico entre el inframundo de abajo y el cielo de arriba, atravesando el plano terrestre en el que vivimos. Hay más, pero este ejemplo muestra las múltiples ideas que entrelazan nuestras disciplinas académicas filogenéticas, así como la comprensión parcial que las divisiones disciplinarias estándar crean para nosotros en el ámbito académico. Espero que, al transferir el archivo de CEDIA a UCR, nuestro trabajo, este legado, se haga realidad de manera más completa.

El fallecimiento del Dr. Jorge Luis Acevedo Vargas es una pérdida para todos nosotros. Confío en que su legado perdurará en su querida Costa Rica y, de hecho, a nivel internacional. Sé que echaré de menos su sabiduría, su humor, su bondad y su lúcida visión. Echaré de menos colaborar con él profesionalmente, ideando estrategias para enriquecer nuestro trabajo conjunto y hacerlo accesible a muchos. Y, más allá de lo profesional, Jorge era mi amigo.

Aún puedo oír su voz clara, resonante y sonora bromeando, la forma en que decía "Maestro Mills" y me saludaba por teléfono. Jorge y yo vivimos muchas aventuras juntos en Costa Rica, pero también en Nicaragua, Guatemala, México y en Oregón, Estados Unidos. Me presentó un mundo que yo desconocía y enriqueció mi vida al compartir tradiciones costarricenses como la cyolera, una fiesta regional campesina en la que se bebe, las chichadas, o el comer chicharrones con pelos quemados aún visibles.

Aún recuerdo vívidamente las muchas veces que estuvimos en Boruca para experimentar y documentar la representación de tres días del Juego de los Diablitos. Recuerdo cómo, con orgullo y cierta picardía, me pidió en un restaurante un mondongo bastante grasiento en Nacoya, y aún puedo oír su risa al ver mi reacción. Compartimos muchas comidas juntos. Recuerdo las muchas veces que comimos en la montaña, acurrucados en bancos de madera bajos, bajo el techo de hojalata de un rancho, rodeados de amigos tribales nuevos y viejos, simplemente celebrando nuestro encuentro, bebiendo chicha de pejívalle y comiendo arroz blanco hervido con trocitos de atún enlatado que acabábamos de traer, usando hojas de platanillo como platos. Tantas experiencias compartidas.

A menudo teníamos que elegir entre soportar la lluvia y los insectos o cubrirnos y sufrir el calor sofocante por la noche. Jorge odiaba los insectos que les gustaba anidar en su abundante cabello por la noche. Vivimos muchas aventuras juntos y recuerdo cruces de ríos que asustarían a gente menos pacífica. Jorge se tomaba normalmente las cosas con calma quizás porque era un hombre profundamente religioso.

Es difícil decir adiós a mi gran amigo, Maestro Jorge Acevedo y no lo voy a hacer. Nuestra amistad, las aventuras, los estudios y las risas continúan en nuestra memoria compartida.